



Apuntes sobre lo Antiguo y los Antiguos en *Melancholia*, de Jackie Pigeaud

Notes on the Ancient and the Ancients in *Melancholia*, by Jackie Pigeaud

Marcela Coria¹

Universidad Nacional de Rosario
coriamarcela@hotmail.com

Resumen: Estos "apuntes" fueron leídos con ocasión de la presentación de la traducción al español del libro *Melancholia. El malestar del individuo*, de Jackie Pigeaud, editado por Otro cauce en 2021. En particular, abordan específicamente la presencia, en este libro, de los antiguos, o, como los llama Pigeaud, los Antiguos, con mayúsculas. Los Antiguos son omnipresentes en *Melancholia*, no solo porque la especialidad del autor es la filología y la literatura clásica, sino también porque, tanto en la filosofía como en la literatura y en los escritos médicos, los Antiguos fueron los primeros, en Occidente, en abordar el tema de ese malestar del individuo que llamamos melancolía. Lo hicieron desde distintos ángulos, pero siempre con una profundidad y una exquisita comprensión de la condición humana cuyos ecos resuenan hasta hoy en nuestro inconsciente cultural, que para Pigeaud es, precisamente, lo Antiguo, también con mayúsculas.

Palabras clave: *Melancholia* – Malestar – Pigeaud – los Antiguos – Cultura clásica

Abstract: These "notes" were read on the occasion of the presentation of the Spanish translation of *Melancholia. Le malaise de l'individu*, by Jackie Pigeaud, edited by Otro cauce in 2021. In particular, they deal specifically with the presence of the ancients, or, as Pigeaud calls them, the Ancients, with capital letters, in this book. The Ancients are omnipresent in *Melancholia*, not only because the author's specialty is Classical philology and literature, but also because in philosophy, as well as in literature and medical texts, the Ancients were the first in the West to address the issue of that malaise of the individual that we call melancholy. They did it from different angles, but always in depth and with an excellent comprehension of the human condition; the echoes of this comprehension still reverberate until today in our cultural subconscious, which according to Pigeaud is, precisely, the Ancient, with capital letters as well.

Keywords: *Melancholia* – Malaise – Pigeaud – the Ancients – Classical Culture

¹ **Marcela Coria** (Rosario, 1978) es Licenciada en Letras y Doctora en Humanidades y Artes con mención en Filosofía, egresada de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario, donde en 2019 finalizó sus estudios posdoctorales. En la misma Facultad es docente en las cátedras Lengua Griega I y Lengua Griega II. Ha publicado traducciones del griego antiguo al español en Argentina y en España, capítulos de libros en publicaciones conjuntas y diversos estudios en revistas especializadas y de divulgación. Integra proyectos de investigación, participa como expositora en reuniones académicas de su especialidad y dicta charlas y cursos de extensión sobre temas de lengua y literatura griega y latina.

“Los Antiguos, y pienso sobre todo en los griegos, tomaron conciencia de lo que se podría llamar el malestar ontológico del hombre; y desde un punto de vista que no es solamente filosófico. En esto la melancolía instruye.”

Jackie Pigeaud, *Melancholia*, p. 94

La presentación de la primera traducción al español de *Melancholia* se realizó una tarde apacible de diciembre de 2021 en el patio de la Facultad de Humanidades y Artes. Después de casi dos años de angustia y desasosiego, de casi dos años de no ver personalmente a colegas y amigos, esta ocasión nos proporcionó, por un momento, la alegría del encuentro y la satisfacción de compartir la conversación, el intercambio y el placer intelectual. En este contexto, el remodelado patio nos pareció a todos –me atrevo a decir– tan encantador y ameno como el paisaje en el que conversan Fedro y Sócrates en el comienzo del *Fedro* de Platón.

Alejandro Manfred, Julia Musitano, Juan B. Ritvo y yo ofrecimos diferentes enfoques sobre este libro apasionante. En particular, quise detenerme específicamente en la presencia, en *Melancholia*, de quienes han sido durante años y continúan siendo objeto de mis estudios, de mis desvelos y ciertamente de mi pasión: los antiguos o, como los llama Pigeaud, los Antiguos, con mayúsculas. Los Antiguos son omnipresentes en este libro, no solo porque la especialidad del autor es la filología y la literatura clásica, sino también porque tanto en la filosofía como en la literatura y en los escritos médicos, los Antiguos fueron los primeros, en Occidente, en abordar el tema de ese malestar del individuo que llamamos melancolía. Lo hicieron desde distintos ángulos, pero siempre con una profundidad y una exquisita comprensión de la condición humana cuyos ecos resuenan hasta hoy en nuestro inconsciente cultural, que para Pigeaud es, precisamente, lo Antigo, así, también con mayúsculas.

Por esto, no es casual que la única ilustración del libro, que se encuentra en las primeras páginas, sea una estela funeraria de estilo ático, del siglo VI a. C., que representa lo que hoy podríamos llamar la imagen de la melancolía: la de un marino, Democrides, sosteniendo su cabeza con una mano, sentado en la proa de la nave sobre la cual, o con la cual, probablemente encontró la muerte bajo cielos extranjeros, quedando sin sepultura y deplorando la crueldad de su destino, como dice Panofsky, en una inolvidable oda de Horacio.

Aquí y allá el texto de Pigeaud está atravesado por citas –muchas veces libres, escritas de memoria o interpretadas por el autor para sostener su argumentación– de autores que nos hablan desde la Antigüedad sobre este fenómeno paradójico de la melancolía, a la vez simple y complejo, que reúne naturaleza y cultura, naturaleza e historia. Lo Antiguo y los Antiguos ocupan, así, un lugar central en esta indagación que orbita entre ellos y nosotros, herederos de este acervo que constituye y da forma a nuestro inconsciente cultural.

Los centros de gravedad –por decirlo así– del libro son las figuras de Demócrito y Burton, quien se hace llamar Demócrito Junior. En efecto, Demócrito de Abdera es el protagonista de la escena “primordial” de la melancolía: el encuentro imaginario entre el prolífico filósofo, del que por desgracia solo nos quedan algunos fragmentos, y su coetáneo Hipócrates, el médico más famoso del siglo clásico. Esta escena primordial, seguramente inventada, y su breve continuación o apéndice, se encuentran descritas respectivamente en las *Cartas* 17 y 18 de Pseudo Hipócrates, cuya traducción al español, hasta donde sé la primera completa, ofrezco en este libro. En la *Carta* 17, Hipócrates cuenta a Damageto cómo se gestó y qué sucedió en ese encuentro. Los abderitanos están preocupados por un Demócrito que, según ellos, está loco, y cuyos síntomas son varios: se ha alejado de la ciudad y desentendido de los asuntos públicos, pasa largos períodos de tiempo en absoluta soledad mientras lee o escribe libros y disecciona animales, está

permanentemente absorto y concentrado en asuntos intelectuales, del silencio pasa de manera abrupta a decir cosas incomprensibles, no cuida su aspecto físico y, lo más preocupante: se ríe, se ríe de todo, todo el tiempo. Convocan entonces al célebre Hipócrates para que lo cure de lo que ellos juzgan una enfermedad, la locura, y, como sabremos por la *Carta 18*, lo hará con eléboro, la medicina habitual en la época para esta dolencia. A una bella y a la vez inquietante descripción del paisaje que rodea a Demócrito, sigue un diálogo entre el filósofo y el médico, en el que este, sospechando un exceso de bilis negra en su interlocutor, pretende indagar la causa de la permanente –y, al principio, para él impertinente– risa de Demócrito, que se ríe tanto de las cosas aparentemente buenas como de las aparentemente malas, sin distinguir entre lo que causa alegría y lo que causa tristeza al común de los hombres. Lo más interesante del texto es que prácticamente lo único que Hipócrates ve como un verdadero síntoma que podría llevar al diagnóstico de la melancolía de Demócrito es la risa y no el temor y la tristeza, que son las dos sensaciones o estados psicológicos más asociados con el exceso de bilis negra en la historia patologizadora, nosológica, de la melancolía, historia en la que intervienen los estoicos, algunos autores medievales, algunos del idealismo alemán, del Barroco alemán, del Romanticismo y, más recientemente, Kierkegaard o Freud. La explicación de los motivos de la risa incontenible de Demócrito ocupa más de la mitad de la *Carta 17*. Esta explicación, realizada por el propio Demócrito, convence a Hipócrates de que el filósofo no solo no está loco, sino todo lo contrario: es un hombre de suma sabiduría y es capaz también de transmitirla a otros. Y aquí hay un signo evidente de lo que podemos llamar la historia paralela de la melancolía, que se opone, tal vez mezclada o confundida con el temperamento flemático, a la idea del melancólico como un ser triste y temeroso: aquí, el melancólico es quien ríe y se ríe porque es un sabio. Esta historia paralela de la melancolía asociada a la sabiduría también viene de la Antigüedad: en concreto, del autor del *Problema XXX*, atribuido a Aristóteles, que relaciona la melancolía con la

excepcionalidad, con el genio, con la posesión de un conocimiento particular, de un saber, de una verdad: por eso la traducción anotada de Pigeaud de este texto, publicada unos años antes de *Melancholia*, se llama precisamente *El hombre de genio y la melancolía*. El breve epílogo que constituye la *Carta 18* es la respuesta de Demócrito a Hipócrates, en la cual el filósofo, de cuyo lado se encuentra el triunfo en el encuentro dialéctico de la *Carta 17*, le reprocha al médico el haber prejuzgado su diagnóstico y haber querido – erróneamente– administrarle eléboro. Además, lo insta a distinguir la locura de la sabiduría y le advierte sobre la necesidad de que el médico realice un examen exhaustivo antes de emitir un diagnóstico, sin dejarse guiar por las apariencias o la opinión de la mayoría, mayoría ignorante de lo que constituye verdaderamente la sabiduría y la confunde con la locura.

Desde esta escena primordial, el texto de Pigeaud se convierte en un coro polifónico de voces antiguas y modernas, pero me limitaré solo a las primeras, que son las que conozco. En este coro polifónico se enlazan, con la voz de Pigeaud, las voces misteriosas y enigmáticas de la Sibila y de los adivinos; la voz enloquecida y amargamente sin credibilidad de la desgraciada Casandra del *Agamenón* de Esquilo; las voces que en Sófocles nos hablan de la envidia, de los celos divinos; la voz frenética, desquiciada y extática de las bacantes en la última y más sorprendente tragedia de Eurípides, a la cual Pigeaud dedica un capítulo entero para indagar en los problemas de lo trágico en la tragedia griega a partir de la célebre definición de “tragedia” que ofrece Aristóteles en la *Poética*; la voz de Homero en el episodio de la *Odisea* en el que Helena mezcla un fármaco llamado *nepenthés* en el vino que beben los desdichados griegos, en su regreso de la guerra de Troya, para que estos olviden sus pesares y para que su dolor se apacigüe; la voz de Hesíodo, la de Aristófanes, la de Luciano de Samosata. Estas voces hablan o, más bien, cantan, entonan un melodioso griego, el griego que debieron de haber hablado esos autores y, así, abarcan, en el texto de Pigeaud, la literatura

griega desde sus albores épicos hasta la prosa mordaz de Luciano, ya en período imperial.

En la melodía polifónica de Pigeaud hay, por supuesto, también voces que hablan latín: la voz de Séneca en las *Cartas a Lucilio* y, de manera muy marcada, en su diálogo filosófico *De tranquillitate animi*, al que el francés considera la punta más avanzada de la filosofía hacia la medicina; la de Ovidio, en sus *Metamorfosis*, especialmente con el exquisito episodio de Biblis, enamorada de su hermano Cauno; la de Virgilio y la perturbadora mirada de su Camila; la de Lucrecio y su descripción, de raigambre materialista –como corresponde a un epicúreo–, de los sueños eróticos; la de Horacio, una de cuyas odas, como señalé, remite a la historia de Democlidés y el marinero sin sepultura muerto bajo un cielo extranjero; la de Juvenal, que compara al Demócrito que ríe con el Heráclito que llora; y la de Cicerón, uno de los principales testimonios acerca de las arcanas Sibilas y los libros sibilinos.

Pero también esta polifonía se conforma con las voces de filósofos, historiadores y oradores antiguos. Pigeaud es un conocedor profundo de los textos de Aristóteles –textos, algunos de ellos, no muy frecuentados por los filólogos clásicos, sobre todo aquellos dedicados al sueño y la vigilia, a la adivinación por los sueños, a la historia y a las partes de los animales, a la respiración– y naturalmente del escrito atribuido a Aristóteles, traducido y anotado por él, que ya he mencionado y el cual tiene como tema central a la melancolía: me refiero al *Problema XXX*, que se inscribe en la tradición de las cartas pseudohipocráticas. También cita de manera profusa a Platón, en especial en *República*, pero también en el pasaje del inicio del *Fedro*, que ofrece la descripción de un bello paisaje que se contrapone con el casi siniestro que rodea, en Abdera, a la figura paradigmática de la melancolía, Demócrito. Filón de Alejandría también está presente, al igual que Heródoto, Teofrasto, Diógenes Laercio, Claudio Eliano, Demóstenes, Aulo Gelio, Pausanias, Aecio, Diodoro Sículo, Plinio el Viejo, y el polígrafo Plutarco, que

nos da noticias sobre los oráculos varios siglos después de que estos ya han desaparecido y se encuentran en ruinas.

También los médicos, naturalmente, tienen una voz destacada en un libro en el que la reflexión sobre el cuerpo y los estados psicológicos asociados a la abundancia de un humor en particular –la bilis negra– involucra cuestiones fisiológicas, estudiadas y transmitidas por médicos antiguos como Celso, Celio Aureliano, Oribasio y, por supuesto, Hipócrates y el *Corpus Hippocraticum* en general, con su plasmación estética en la literatura. Así, por ejemplo, hay fuertes razones para sostener que Eurípides estaba muy al tanto de los conocimientos médicos de su época y que podría haberse servido de ellos en la descripción de la locura que afecta a varios de sus personajes: Heracles es el paradigma, pero también Orestes. De hecho, para el autor del *Problema XXX*, Heracles es claramente un héroe melancólico.

Melancholia puede leerse de muchas maneras y desde muchas perspectivas. Pero lo que me ha interesado en particular es marcar la fuerte impronta, en este libro, de los Antiguos –y en especial los griegos, que percibieron, como dice el epígrafe, el malestar ontológico del hombre– y de lo Antiguo, ese inconsciente cultural que maduró la cultura occidental, nos fecundó y todavía hoy hace posible que nuestra cultura viva, sueñe, se regocije, sufra y, en definitiva, exista, como sostiene Pigeaud.

Bibliografía

Aristóteles. *El hombre de genio y la melancolía. Problema XXX*. Barcelona: Acanalado, 2007. Prólogo y notas de Jackie Pigeaud. Traducción de Cristina Serna. Revisión de Jaume Pòrtulas.

Burton, Robert. *Anatomía de la melancolía*. Buenos Aires: Winograd, 2008. Selección de textos e introducción de Pablo Maurette. Traducción de Agustín Pico Estrada.

Klibansky, Raymond; Panofsky, Erwin y Saxl, Fritz. *Saturno y la melancolía. Estudios de historia de la filosofía de la naturaleza, la religión y el arte*. Madrid: Alianza, 1991. Traducción de María Luisa Balseiro.

Pigeaud, Jackie: *Melancholia. El malestar del individuo*. Rosario: Editorial Otro cauce, 2021. Traducción del francés a cargo de Víctor Goldstein. Revisión de las fuentes clásicas e índice de lugares citados de obras de la Antigüedad a cargo de Marcela Coria. Edición de Alejandro Manfred y Andrés Palavecino. Incluye la traducción inédita del griego al español de las *Cartas 17 y 18* de Pseudo Hipócrates a cargo de Marcela Coria.

Starobinski, Jean. *La tinta de la melancolía*. México: Fondo de Cultura Económica, 2016. Traducción de Alejandro Merlín.